

## *El barro de Lilith*

Hay tipos humanos que asombran. Las características aparentes y vitales no encajan, y de ahí la sorpresa. No comparto los postulados de aquellos escrutadores de las fisiologías en el siglo XIX cuando se afanaban en descubrir el carácter asesino, por ejemplo, gracias a la proporción entre el arco ciliar y el resultado del logaritmo que se descubre en la curvatura de la oreja izquierda. Aquello era muy absurdo, inútil y hasta peligroso según en qué voces cayeran como doctrina. En cierta noche vi cómo un ruso me preparaba una tostada de apenas dos centímetros cuadrados, cubierta con mantequilla y huevos de salmón; un complemento soviético a mi chupito de vodka. Frente a él, cualquiera lo habría imaginado portando una enorme metralleta sobre ambos hombros, como un corderito, cubierto su abdomen por cananas con proyectiles para agujerear tanques. La masa de sus bíceps y tríceps exhibía mayor volumen que la de la pierna de un varón talla grande alimentado con hamburguesas y tocino durante diez años. No podía cerrar sus brazos y aquel panecillo se perdía entre la punta de sus dedos índices y pulgar. Pero ahí estaba, cumplía su vocación de camarero, en lugar de esa de hombre cavernario con la que su cliente, yo, especulaba aderezada por todos los tópicos que uno considera si piensa en un tipo que habita una cueva y come barbacoa a diario.

Si no conociese a Victoria Maldonado desde hace ya tanto tiempo, podría aparecer en cualquier fiesta y engañarme a primera vista con su oficio. La finura de sus dedos, la armonía cuando las torsiones de sus muñecas, habrían investido con elegancia aquella escena de un canapé aderezado por la versión esteparia de King-Kong, por supuesto, pero también podrían haberme inducido a pensar que se dedicaba a la talla de diamantes, a la micro-cirugía cerebral, o a la manipulación de un nano-dispositivo salvador del planeta. Igual la hubiera encontrado vestida de una pieza con escote puente para cóctel; entonces la habría imaginado en un descenso desde el cielo complementada por guantes negros a lo Gilda y sobre un mismo pedestal junto a Rita Hayworth. Victoria es porcelana transparente e inquieta, delicada como las curvaturas de un jarrón chinesco e imperial, y quiso ser la diosa de un mundo en el que, por seguir el método del artífice bíblico, sus criaturas procedieran de la unión del agua, la tierra y un alma de fuego. En los ramajes líricos de Victoria hace ya tiempo que encarnó una Lilith mesopotámica, primera esposa de Adán, al que abandonó para artesonar su propio cosmos, también en este caso tan hijo del barro como ella, como ambas.

Ya digo que Victoria me habría provocado miles de biografías imaginarias con su sola presencia que jamás hubieran sido acertadas en sus conclusiones. Acerca de Lilith existen mitologías muy diferentes, incluso, contradictorias. Desde demonio destructor, a madre genuina de los humanos, y hasta primer diablo que se atrevió a pronunciar el nombre completo de dios, sumo sacrilegio. Fue mucho más radical que Eva en la inauguración de esa perpetua lucha que las hembras de nuestra especie tienen que mantener contra la naturaleza e, incluso, contra sus congéneres para sobrevivir. Halló el olvido como pago junto con la condena a un destierro intemporal a través de un mundo yermo, ajeno a cualquier vergel y, por tanto, dependiente de su capacidad regeneradora, igual que el día se hace a sí mismo en cada giro terráqueo, en esa milésima de segundo ya pasada, surgida de un torno alfarero que destruye su obra en el mismo instante de su nacimiento. Un universo efímero que se superpone a otro universo en capas independientes. Un dios Cronos en el cenit de su demencia flanqueado por dos paredes de espejos infinitos.

Si interpreto aquel símbolo de Lilith, la apariencia se quedó vacía ante sus ojos, sabedores de un más allá inserto en el mundo circundante. Donde Adán veía árbol, su Eva contempló ciencia y sabiduría. Cuando Adán temió un pecado en las sílabas que enuncian el nombre prohibido de dios, Lilith entendió la salida para esa esclavitud sin cadenas forjada sobre la mera apariencia de la piel del universo, la ignorancia más que cómoda de la materia oculta. Su libertad exigía la quiebra con las leyes de dios, quien jamás toleraría tales grandezas. Una de las grandes humoradas de Alfred Jarry, si no la mayor, con su *Ubú Rey*, consistió en otorgarle un gran doctorado en Patafísica, la disciplina que estudia las reglas que rigen las excepciones. La sociedad burguesa europea de aquellos inicios del siglo XX andaba tan seducida por las superficies que condujo aquellos delirios de mediciones fisiológicas hacia la declaración de una raza superior exterminadora de las demás, y comprendió la textura del acero, sólo como obuses que remitieran destrucción y muerte hacia sus vecinos. Ahí queda la locura crónica para la humanidad por haber borrado a Lilith de sus anaqueles.

Victoria me habría inducido a pensar cualquier existencia, excepto que en todas jugaría con el abismo al que llega su mirada. Su trayectoria profesional conduce a su espectador por unas vías coherentes en sus presupuestos poéticos. Desde sus inicios comprendió el vacío que cobija los pliegues y oquedades de nuestro cuerpo. La mesa de su estudio pronto albergó un océano de seres surgidos y calculados para la que mano reposase sobre sus arrugas, entre sus aristas, atraída hacia un tacto amable, familiar por reconocible. Pero esta Lilith huidiza de sus propios cercados nunca cesó de pretender un fondo al que sabía vivo bajo esas sábanas con las que se cubre el mobiliario en esas habitaciones que certifican que también mueren las cosas. Mediante su intelección con trazas de bisturí ha alzado las losas que impiden comprender unas pocas estructuras íntimas tan polimorfos que ahora, en esta obra última, no se circunscribe a las sensaciones de una sola textura. Victoria ha desgajado, ha despellejado para reponer otra epidermis, ha desgarrado como una leona sus piezas. Asistimos a estratos inimaginables desde el horno, a la génesis de una materia que nos seduce en sus formas para que broten las mentiras de nuestros sentidos, esos que quedaron cautivos en la inmediatez engañosa de lo externo y que, ante la sinceridad de la obra de Victoria Maldonado, perciben incluso el horror provocado por esta revelación de los esqueletos, de las rugosidades de un cadáver aparecido a nuestro paso sobre la superficie de un páramo de sal. Victoria podría mentir en todo, salvo en este mundo que exhibe tan suyo, tan ajenos a otra deidad materna que no sea ella, tan soñado por Lilith y tan necesario contra una razón que trastorna igual que la apariencia de esa chica que baja unos escalones en vaqueros, bendecida por una perpetua sonrisa, ojos negros instruidos por un diablo y voluntad de arquitecta subterránea.

José Luis González Vera